

Japón: modernidad milenaria

Palabras de

Manuel Sánchez González

Subgobernador del Banco de México

en la inauguración de la exposición

Japón a 400 Años de la Misión Hasekura: Una Visión Comercial y Cultural

México, D.F.

27 de noviembre de 2014

Es un honor participar en este tradicional brindis organizado por la biblioteca del Banco de México, y contar con la presencia del excelentísimo Embajador de Japón, Akira Yamada. En esta ocasión, el edificio de Bolívar 19 nos sirve de sede para reunirnos y apreciar esta magnífica exposición sobre la historia y la cultura japonesa.

La importancia de la misión Hasekura

A lo largo de 2014, hemos estado celebrando los 400 años de la misión Hasekura, que se considera el primer acercamiento comercial y diplomático por parte de Japón a la Nueva España. Dicha expedición, pese a los obstáculos naturales y los cambios en el ambiente político japonés, marca una voluntad de apertura internacional e inicia de manera simbólica la relación entre las dos naciones.

La misión Hasekura constituyó una formidable empresa, auspiciada por el señor de Sendai, Masamune Date, con la anuencia del shogunato Tokugawa. Date patrocinó una embarcación, encabezada por el samurái Tsunenaga Hasekura, cuyo primer destino fue el puerto de Acapulco. Luego prosiguió su viaje a España, Francia e Italia, para establecer relaciones económicas y políticas, así como para extender el cristianismo.

La misión no logró su cometido en ese momento. Cuando, tras siete años, Hasekura regresó a Japón, el entorno político y religioso había cambiado radicalmente, el cristianismo ya era reprimido y se había fortalecido cierta tendencia al aislacionismo. Sin embargo, esta hazaña pionera ya había sembrado las raíces de la gran diplomacia japonesa.

Las características heroicas de esta exploración y sus diversas peripecias no sólo son un extraordinario acontecimiento histórico, sino que han alimentado el imaginario narrativo. Por ejemplo, el gran escritor Shūsaku Endō publicó en 1980 su novela *El samurái*, basada en la misión Hasekura.

Desde ese contacto inicial hasta ahora, han ocurrido múltiples acontecimientos en las relaciones entre Japón y México. Podemos decir que, siglos después, el ideal de la misión Hasekura se ha cumplido. Hoy, somos dos naciones dinámicas, con visión de futuro, y mantenemos vínculos vigorosos. Por ejemplo, el comercio bilateral, facilitado por el Acuerdo para el Fortalecimiento de la Asociación Económica, en vigor desde 2005, ronda los 20 mil millones de dólares anuales. Además, Japón es el primer inversionista asiático en México y cerca de 800 empresas de esa nación tienen presencia aquí.

Mucho podríamos extendernos sobre los nuevos potenciales para la cooperación, que se acrecientan con las reformas estructurales de México, en proceso de implementación. Sin embargo, en esta ocasión tan especial, quisiera enfocarme en una coincidencia que hemos mantenido a lo largo de los siglos, y que radica, más que en el terreno material, en el del espíritu.

La empatía por la cultura

En efecto, Japón y México poseen dos culturas que se han insertado con decisión en la modernidad, y que no han olvidado sus raíces milenarias. Nuestros países han sabido

asimilar diversas influencias y adaptarse al ritmo de los tiempos, sin afectar sus rasgos más profundamente distintivos.

Pese a ser uno de los paradigmas del progreso económico, Japón sigue fiel a muchas tradiciones que lo hacen único. Por ejemplo, la cortesía, la consideración hacia el otro, el apego a la familia y el respeto a los mayores son rasgos fundamentales de sus relaciones sociales. Se trata de una cosmovisión que combina la iniciativa individual y el ánimo empresarial con el acendrado sentido de pertenencia a la comunidad.

A partir del siglo XIX, la cultura japonesa ha ejercido una fructífera irradiación en Occidente y ha tenido un peso especial en México. Recordemos la afición por Japón de ciertas élites intelectuales mexicanas de finales del siglo XIX y principios del XX, que gravitó en diversos aspectos del arte y las costumbres. Dicha influencia va desde la fascinación del poeta José Juan Tablada por el carácter caligráfico y la capacidad de síntesis de la poesía japonesa, hasta el arte de la florería o el diseño de los jardines en algunas grandes casonas.

De hecho, y para ilustrar estas felices coincidencias de la cultura, cabe resaltar que en 1952, cuando nuestros gobiernos acordaron reanudar relaciones, México designó a un joven diplomático como encargado de negocios ante Japón, con la misión de realizar todas las tareas operativas para instalar nuestra Embajada en ese país.¹

¹ Véase Asiain, A. (2014), “Octavio Paz, diplomático en Japón.” En *Revista Mexicana de Política Exterior*, número especial 2014, dedicado a Octavio Paz, pp. 53-77.

El joven, impresionado por Japón, escribió de inmediato a un amigo, que los breves días de su estancia:

(...) me han hecho vislumbrar un país muy hermoso y un pueblo admirable, cortés y alegre y para el que poesía, pintura y vida no constituyen mundos aparte.²

Ese diplomático de rango modesto, era Octavio Paz, quien pasó una corta pero decisiva estancia en Japón, la cual consolidó su antigua fascinación por este país y amplió su vocación universalista.

Este fecundo intercambio ha sido mutuo. El gran novelista japonés Kenzaburō Ōe, también premio Nobel y autor de algunos de los registros autobiográficos más conmovedores de la literatura contemporánea, como la novela *Una cuestión personal*, fue profesor visitante en El Colegio de México durante 1976.

La fusión del arte y la vida cotidiana en Japón

Paz tenía razón cuando señalaba que en Japón no hay una diferencia entre el arte y la vida cotidiana, pues la fusión de la civilización y la naturaleza, así como el culto a la belleza, se reflejan en todas y cada una de las costumbres de esa nación. Desde la arquitectura hasta la caligrafía, pasando por la poesía, la pintura, el teatro, la decoración o el diseño, podemos observar una armonización con los ciclos y

² Véase Paz, O. (2008), *Jardines errantes: Cartas a J.C. Lambert*. Barcelona: Seix-Barral. p. 12.

materiales naturales, una sobria ritualidad y un sentido de altruismo y agradecimiento a la vida.

Por supuesto, en el refinado ascetismo que caracteriza parte del carácter japonés no debe buscarse una renuncia, sino, al contrario, un llamado a disfrutar los goces del mundo y sus grandes y pequeños prodigios. Como lo hace evidente el célebre poeta viajero del siglo XVII, Matsuo Bashō, quien en su trayecto lo mismo era capaz de maravillarse ante un banquete, ante la majestuosidad de un templo o ante el brote de una hierba, con un verso tradicional como este:

*Lugar sagrado:
sobre las hojas verdes
se posa el sol*

u otro como:

*He caminado
bastante para verte,
cerezo en flor.³*

La muestra que hoy inauguramos ilustra la voluntad de armonía y la búsqueda de trascendencia en lo más sencillo y espontáneo. Además del material informativo sobre la misión Hasekura, veremos una colección de utensilios de la vida diaria,

³ Véase Bashō, M. (2011), *De camino a Oku y otros diarios de viaje*. Versión de Jesús Aguado, Barcelona: DVD Ediciones, pp. 60 y 91.

objetos decorativos, juguetes y muñecos. Todos ellos responden a un elaborado procedimiento y emplean técnicas antiquísimas, como es el caso de los muñecos hakata, de arcilla, y los kokeshi, de madera.

La utilización de estos artículos responde a protocolos relacionados con la estación del año, el rango o género del usuario. Así, las actividades más habituales, como comer, asearse o jugar, adquieren un peso ancestral y un profundo significado.

Igualmente, tendremos un concierto de música para koto, este antiguo y versátil instrumento de cuerda japonés, que será conducido por la maestra Yoshiko Nishimura. Ella reside en México y con su grupo, Kasou Kai, ha creado una fecunda escuela de fusión que combina el koto con otros instrumentos y repertorios.

Sin duda, tanto la exposición como el concierto nos transportarán al sortilegio que implica la vida en Japón. Los invito a disfrutar de esta inmersión en una cultura donde una jornada ordinaria recupera su dimensión ritual, todos los actos tienen un significado, y tanto las palabras como los silencios son reveladores. Apreciaremos en su plenitud las formas y sonidos que nos acompañarán en esta velada y que, sin duda, nos harán salir de este recinto un poco más conscientes y un poco más felices.